

JUAN HOSCO



Créditos

«Juan Hosco» a.isanta

Primera edición, junio de 2025

Editado en Spain

Libro digital en formato PDF

Diseño de la cubierta y maquetación: a.isanta

Contacto:

culturanimapro@gmail.com

[a.isanta](#)

Reservados todos los derechos.

©2025, «Juan Hosco» a.isanta

Está prohibida la reproducción física o digital de este libro con finalidades comerciales sin el permiso del autor.

Juan Hosco

a.isanta

Amanecía cuando Juan Hosco se acostaba. A tientas, intentaba encontrar el centro de la cama para no aterrizar en el suelo. La noche de fin de año había sido larga, alcohólica hasta la desmesura, pero fructífera en el objetivo que se propuso. Se vio beneficiado con un inesperado polvo en los lavabos de señoras, con una que buscaba lo que no sabía que buscaba; igual que él. Sí, la celebración fue por todo lo alto, mejor de lo esperado.

A pesar del cansancio y la resaca, Juan Hosco se sentía satisfecho, por el momento. Había conseguido olvidar, aunque fuera por unas horas, sus problemas personales y disfrutar de la vida nocturna de la ciudad. Ahora, mientras se acomodaba en la cama, repasaba mentalmente los momentos más divertidos de la noche.

Pero los buenos momentos eran fugaces, seguía sintiéndose vacío, como si algo importante faltara en su vida. Hacía unos meses que Juan había dejado atrás una relación tormentosa, y aunque intentaba seguir adelante, no conseguía deshacerse del todo de la sensación de soledad que lo acompañaba a menudo.

Quizás por eso se había dejado llevar, bebiendo más de lo que acostumbraba y buscando encuentros sin compromiso. Era una manera de evadirse, de sentirse vivo aunque fuera por unas horas.

Pero ahora que la luz del día comenzaba a filtrarse por la ventana, Juan se sentía vulnerable y expuesto. ¿Qué pasaría cuando volviera a la realidad? ¿Seguiría sintiéndose vacío? ¿Podría encontrar alguna vez a alguien con quien compartir su vida?

Estas preguntas lo atormentaban, pero por el momento decidió no pensar en ellas. Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño, esperando que el nuevo día le trajera algo de claridad y esperanza.

Durmió todo el día con su noche y al levantarse al siguiente día, Juan no podía creer lo que estaba viendo mientras tomaba café y comprobaba un boleto arrugado de lotería que rescató de su cartera. Por mucho que se frotara los ojos, no entendía como las leyes fundamentales que rigen el cosmos podían haber conspirado a su favor haciendo aterrizar una cantidad insultante de dinero en su cuenta corriente.

Perplejo, empezaba a pensar como la vida anodina y triste que había llevado hasta entonces, con un trabajo que no le gustaba y que lo mantenía para poder sobrevivir; ahora parecía que, con gusto, podía mandarlo todo a la mierda.

Vio la oportunidad perfecta para recuperar el contacto social que tenía abandonado desde hacía mucho, y contrariamente a lo que hubiese hecho la mayoría de mortales, decidió no gastar nada.

Puso manos a la obra para planificar su futuro, cuya prioridad era la de volver a tener amigos. Pero ahí es donde se encontró con el primer problema, ¿cómo iba a confeccionar la lista de contactos que pretendía si ya no tenía ningún amigo, o medio amigo desde ni se sabía cuando?

Otro ingrediente primordial para llevar a cabo el plan era investigar que pasa y que requisitos había que cumplir cuando uno decide ciertas cosas relacionadas con el bendito dinero; porque seguro que existían.

Entonces se topó con el segundo problema. Parecía ser que el también bendito y muy querido fisco tenía la intención de participar en la decisión de regalar dinero a alguien. Eso es lo que pretendía Juan Hosco, donar parte de su reciente fortuna. Siempre había soñado con hacer eso si se daba el caso. Disfrutaba pensando como reaccionarían los escogidos ante un acto tan magnánimo.

Resignado a tener que empezar de cero en la tarea de socializar, apostó por ir a una fiesta que organizaban en una red social, y probaría suerte rescatando unas habilidades que tenía oxidadas.

Con un cubata en la mano, daba tumbos de un lado para otro observando una fauna humana que parecía estar más cerca de una orgía que de pasar el rato en una fiesta convencional, de charlas fugaces y bailoteo esforzado.

Todavía sin haberse atrevido a entablar conversación alguna, se cansó de dar vueltas y sin dejar el cubata se quedó apoyado en una esquina de la barra desde donde podía observar el fabuloso culo de la camarera que servía bebidas.

Juan Hosco se quedó allí, quieto, sintiendo cómo el hielo del cubata perdía la batalla contra el tiempo. El culo de la camarera era, sin duda, una obra de arte anatómica. No tenía forma de saber si era natural o esculpido a base de sentadillas obsesivas, pero daba igual: en ese momento representaba algo que él no tenía, algo lejano, tangible pero inalcanzable, como un deseo mal formulado.

La camarera giró la cabeza una sola vez, fugaz, con la rapidez de quien ya ha visto a demasiados como él: tipos solos, con tragos medio llenos y miradas medio vacías. Juan apartó los ojos con torpeza y bebió. No sabía qué era peor, si el vodka barato o la conciencia de estar fuera de lugar. Y sin embargo, se quedó.

Había algo en esa fiesta que lo retenía. No era la música ni la decoración hortera de neón. Era otra cosa. Una energía densa, casi eléctrica. Una sensación de que algo podía pasar en cualquier momento, algo distinto, algo que rompiera la rutina de su existencia ensayada.

Fue entonces cuando la vio.

Una mujer, sola también, recostada contra una columna. No bailaba, no hablaba, no parecía esperar a nadie. Miraba hacia ningún sitio, como si el mundo fuese un recuerdo que ya no le interesaba del todo. Vestía de negro, con un vestido simple, sin artificios, y fumaba con esa lentitud ritual que convierte el humo en confesión.

Juan sintió una punzada en el estómago. No era deseo. Era otra cosa. Tal vez reconocimiento.

Se acercó sin saber cómo, sin plan ni frase prefabricada. Simplemente se plantó frente a ella con su cubata como escudo. Ella lo miró sin sorpresa, como si supiera que él iba a acercarse desde mucho antes.

—¿Tú también te escondes en las esquinas? —preguntó ella, exhalando el humo.

Juan sonrió, inseguro.

—No. Yo... observo.

—¿Y qué has visto?

—Gente fingiendo que se lo pasa bien.

Ella soltó una risa breve, seca. Luego le ofreció un cigarrillo.

—¿Tienes nombre, observador?

—Juan. Juan Hosco.

—Yo soy Clara.

Fumaron en silencio. El tiempo pareció aflojar su ritmo. Había una complicidad súbita, un entendimiento que no necesitaba explicaciones. Juan, por primera vez en mucho tiempo, no se sentía fuera de lugar.

—¿Sabes qué es lo peor de estas fiestas? —dijo ella de pronto—. Que te das cuenta de que todos están aquí por lo mismo: miedo a estar solos.

Juan asintió. Pensó en su cuenta corriente recién engordada, en los amigos que no tenía, en el plan de regalar dinero como si eso lo convirtiera en alguien digno de afecto. Pensó en su cama vacía, en su vida vacía.

—Yo quería encontrar a alguien —confesó—. No sé para qué, pero... encontrar a alguien.

Clara lo miró con atención. Luego apagó el cigarrillo contra la pared.

—A veces no hay que buscar. A veces sólo hay que estar quieto... y dejar que el resto se mueva.

Le tomó la mano, con naturalidad, sin carga romántica ni promesas. Y en ese gesto sencillo, Juan sintió que tal vez, sólo tal vez, su suerte no estaba en los números de un boleto arrugado, sino en momentos como ese: reales, inesperados, improbables.

La música cambió. Empezaba un tema antiguo, de esos que traen recuerdos que no sabes de dónde vienen. Clara lo miró con una ceja alzada.

—¿Bailamos, observador?

Juan dejó el cubata sobre la barra, al fin.

—Por supuesto.

Y bailaron.

Y por primera vez en mucho tiempo, Juan Hosco no quiso estar en otro lugar.

Bailaron como dos que no sabían bailar, pero tampoco lo intentaban. A su alrededor, el mundo era un delirio de luces estroboscópicas, cuerpos sudorosos y gritos eufóricos. Para Juan, Clara era un remanso extraño, una anomalía en mitad del ruido. Se sentía bien, y eso ya era suficiente sospecha.

Después de un par de canciones, ella lo arrastró fuera del tumulto, por un pasillo oscuro que olía a vómito, desinfectante barato y decisiones cuestionables. Abrieron una puerta que daba a una especie de terraza desierta donde sólo quedaban colillas y botellas de cerveza vacías. Clara se encendió otro cigarrillo con una calma que a Juan empezaba a resultarle inquietante.

—¿De verdad no te suena mi cara? —preguntó ella, lanzando una nube de humo hacia las estrellas que no se veían.

Juan frunció el ceño.

—No... ¿Tendría que sonarme?

Clara sonrió. Una sonrisa ladeada, como si la pregunta le confirmara algo.

—No te preocupes. No eres el primero.

Juan rió, nervioso. Algo empezaba a no encajar.

—¿Nos conocemos?

—No. Pero tú me conoces a mí. O al menos crees que no.

Guardó silencio unos segundos, como si disfrutara del desconcierto. Luego se acercó más, tanto que Juan pudo oler un leve perfume, dulce y metálico.

—Yo estaba allí, ¿sabes? —susurró ella—. En los lavabos de señoras, la noche de fin de año.

El corazón de Juan dio un salto raro, una mezcla de sorpresa y alarma.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Y si te dijera que no fue casualidad? —continuó, ignorando su pregunta—. Que yo sabía exactamente dónde estar y cuándo.

Juan retrocedió un paso. La noche empezaba a torcerse.

—¿Quién eres?

—Alguien que hace favores. Como los genios, pero sin lámpara. —Dio una calada profunda—. Tú querías olvidar, ¿no? Querías sexo, olvido, una noche sin pasado. Yo te lo di. Y luego, como recompensa, te cayó la lotería. Todo muy simbólico. Muy poético.

Juan ya no encontraba gracia en nada.

—¿Qué estás diciendo?

Clara tiró el cigarrillo, lo apagó con la punta del tacón, y lo miró fijamente.

—Estoy diciendo que todo regalo tiene un precio, Juan. Y tú ya lo aceptaste. Sin leer la letra pequeña.

Juan tragó saliva. Se giró hacia la puerta, pero estaba cerrada. Lo juraría: antes no tenía pestillo por fuera.

—¿Esto es una broma?

—¿Tú crees que alguien con tu suerte, tu miseria emocional, tu incapacidad para sostener una amistad decente... iba a ganar la lotería porque sí?

La risa de Clara fue breve, seca, sin alegría. De su bolso sacó algo pequeño. Un papel doblado. Lo extendió frente a él.

—Reconócelo.

Juan lo leyó con las manos temblorosas. Era su boleto. El mismo que revisó esa mañana. Pero había algo más: una especie de marca al dorso. Como un sello. Un círculo extraño, con símbolos que no entendía.

—¿Qué es esto?

—El recibo de tu trato. Tu deseo concedido. Y ahora vengo a por lo que me corresponde.

—¿Qué...? ¿Dinero? ¿Quieres dinero?

Clara negó con la cabeza.

—No, Juan. Quiero lo que tú dabas por perdido: tu capacidad de sentir. Tu tristeza, tu nostalgia, tu anhelo. Lo que te hacía humano.

Él rió, esta vez sin control.

—¿Y qué me queda entonces?

—Nada. Pero tranquilo. No vas a notarlo. De ahora en adelante tendrás todo lo que crees que deseas. Y no te importará nada. Serás funcional, feliz... vacío.

Juan cayó de rodillas. Intentó gritar, pero no había miedo, ni rabia. Sólo confusión. Y luego... nada. Un silencio interno perfecto. Inhumano.

Clara, satisfecha, recogió el boleto, lo guardó en su bolso y caminó hacia la puerta, que ahora se abría sola.

Antes de desaparecer, se giró por última vez:

—Felicidades, Juan Hosco. Has ganado.

Y Juan, con una sonrisa inexplicable, se quedó allí, mirando el horizonte invisible, sin sentir nada en absoluto.

El lunes siguiente al encuentro con Clara, Juan Hosco despertó a las once, sin resaca ni nostalgia. Se incorporó en la cama como si llevara años sin peso en el pecho. La tristeza habitual que solía amanecer con él —esa punzada tenue, como una notificación de algo pendiente en su alma— había desaparecido. No estaba feliz. Tampoco infeliz. Estaba... funcional.

Se duchó, preparó café con precisión mecánica y se sentó frente al ordenador. No miró redes sociales. No se sintió inferior ni envidioso. No pensó en su ex, ni en lo que pudo haber sido. Simplemente abrió una hoja de cálculo para organizar sus finanzas, como si fuera lo más natural del mundo tener seis ceros tras un número que antes apenas alcanzaba a cubrir el alquiler.

Pasó la mañana contactando con asesores fiscales, comparando fundaciones benéficas, buscando discretamente cómo donar sin levantar sospechas ni tributar hasta el aliento. No lo hizo por bondad. Lo hizo porque era lo lógico. Y esa palabra —“lógico”— se convirtió en su nueva brújula moral.

A mediodía comió en un restaurante caro. La comida estaba perfecta. Ni deliciosa ni decepcionante. Era nutrición de alta gama. No sintió placer,

pero sí una satisfacción matemática. Como un coche de lujo que avanza sin sobresaltos.

Se compró un traje. No porque lo necesitara, sino porque su ropa habitual ya no lo representaba. Se miró al espejo del probador y no encontró nada que cambiar. No sintió orgullo. Ni vergüenza. Solo constatación.

Esa noche cenó con una desconocida. La había conocido en una app que descargó sin ganas, como quien actualiza un programa que ya no usaba. Ella reía, hablaba de cosas que alguna vez le habrían parecido interesantes. Juan asentía con cortesía. Le parecía simpática. Nada más. Nada menos.

Al final de la velada, ella le preguntó si quería subir a su piso.

—Claro —respondió Juan—, si te apetece.

Tuvieron sexo. Correcto. Sin prisas ni pasión. Como dos piezas encajando porque así fue diseñado. Ella le acarició la cara después, buscando ternura.

—¿En qué estás pensando?

Juan la miró. Dudó.

—Nada. Solo... estaba aquí.

Ella rió. Dijo que le parecía adorable. Él no entendió por qué.

Al volver a casa, encendió la televisión. Noticias del mundo: crisis, guerras, políticas miserables. Juan no sintió rabia, impotencia, indignación. Solo absorbía la información, clasificándola como relevante o irrelevante para su vida.

A la semana siguiente, renunció a su empleo con una nota educada. Se despidió de sus compañeros con una sonrisa leve, sin apego. No hubo tristeza ni alivio. Solo cumplimiento de una etapa.

Empezó a recibir elogios por su filantropía anónima. Algunos beneficiarios intentaron agradecerle. Juan los escuchaba con atención, pero no entendía su emoción. Era como ver a alguien llorar en una película sin saber si era comedia o drama.

Una noche, mientras caminaba por la ciudad, pasó frente a un músico callejero que tocaba el saxo con un lamento hermoso. La melodía rozaba algo... algo que debería haber estado ahí. Juan se detuvo. Esperó.

Nada.

Ni una sola fibra en su interior reaccionó.

Y por primera vez desde el acuerdo, sintió un atisbo de algo. No era dolor. No era arrepentimiento. Era una ausencia tan abrumadora, tan vasta, que casi rozaba lo tangible. Como una habitación donde alguien dejó la ventana abierta y el aire ha barrido todo rastro humano.

Miró al cielo. No había estrellas. Ni respuestas.

Volvió a casa. Programó una transferencia a un hospital infantil. Se hizo una infusión. Se acostó.

Soñó con Clara. O con alguien parecido. Una figura sentada en la oscuridad, fumando en silencio.

—¿Estás bien, Juan? —preguntaba la voz.

Y Juan, sin saber si hablaba dormido o muerto, respondió:

—Estoy... perfecto.

Y el silencio a su alrededor sonó como un veredicto.

Era jueves. O martes. Para Juan Hosco los días ya no eran unidades distintas, sino una continuidad fluida de decisiones correctas, rutinas óptimas y emociones nulas. Vivía en un ático con vistas perfectas al horizonte de la ciudad, donde el sol salía exactamente como debía y se ponía sin alterar el orden de las cosas.

Esa mañana —si es que era mañana— se despertó sin dolor. Sin deseo. Sin pensamientos. Caminó hasta el espejo del baño y, por primera vez en meses, no vio nada. El rostro estaba ahí, sí, pero plano. Neutro. Ni viejo ni joven. Ni feo ni atractivo. Sin arrugas, sin marcas, sin historia.

Cerró el grifo. Escuchó un susurro.

—Por fin te ves como te ven los demás.

Giró lentamente. Ella estaba sentada en su sillón de lectura, como si siempre hubiese vivido ahí: Clara, con su cabello oscuro recogido en un moño desordenado y una pierna cruzada sobre la otra, fumando como en aquel bar de fin de año.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Juan, sin ira ni sorpresa.

—Vine a visitarte. No suelo repetir clientes, pero contigo hice una excepción.

—¿Por qué?

Clara exhaló humo en espiral. Parecía elegir las palabras como quien afina un violín.

—Porque has conseguido exactamente lo que pediste... pero ya no lo sabes. Y eso me parece bello. Trágicamente bello.

Juan se sentó frente a ella. La miró con esa calma posthumana que había cultivado desde su transformación.

—No me arrepiento. Estoy en paz.

—Estás en pausa —corrigió Clara.

—No siento dolor. ¿Eso no es lo que todos quieren?

—No. Lo que todos quieren es sentir. Lo que pasa es que no lo saben hasta que lo pierden.

Clara se levantó y caminó hacia el ventanal. Apoyó la mano sobre el cristal como si palpara una barrera invisible.

—Mírate, Juan. Eres un fantasma con cuerpo. Un hombre que ya no sufre, pero tampoco ama, ni desea, ni llora ni ríe. Has eliminado los errores... y con ellos, todo lo demás.

Juan se levantó, sin saber por qué. Por impulso. O por hábito.

—¿Qué quieres de mí ahora?

Ella se giró lentamente. Sonreía, pero era una sonrisa triste. Una que él no podía comprender del todo.

—Nada. Solo vine a verte por última vez, antes de que dejes incluso de existir para ti mismo.

—¿Eso va a pasar?

Clara no respondió. Caminó hacia él. Le puso la mano en el pecho. No hubo calor. Ni frío.

—Hay quienes venden el alma, Juan. Tú vendiste la posibilidad de tener una.

Juan quiso llorar. No porque sintiera tristeza. Sino porque recordó —con esfuerzo— que alguna vez había sentido cosas así. Y no pudo. No hubo lágrimas.

Clara le besó la frente. Fue un beso sin pasión, sin ternura. Un sello. Una firma invisible.

—Adiós, Juan Hosco. Que tu perfección te acompañe.

Ella desapareció. No caminó hacia la puerta. No se despidió. Simplemente dejó de estar.

Juan miró el sillón vacío.

Y por primera vez en meses, deseó algo: sentir miedo.

Pero ya era tarde.

Pasaron semanas.

Juan Hosco seguía ejecutando su vida con eficiencia quirúrgica. Desayunos exactos. Lecturas planificadas. Donaciones sin emoción. Encuentros casuales sin afecto. Dormía bien. No soñaba. No dudaba.

Hasta aquella noche.

Era martes. O jueves. Había comenzado a llover, algo raro en la ciudad durante ese mes. Juan, como cada noche, se sirvió un vaso de agua mineral con hielo perfectamente cortado. La botella cayó sin querer, y el vaso se resbaló al intentar atraparla.

¡Crack!

El cristal se hizo trizas contra el suelo.

Juan se agachó con lentitud, no por nerviosismo, sino por la conciencia de que debía evitar cortarse. Sin embargo, al recoger uno de los fragmentos, un trozo afilado le rasgó la yema del dedo.

Una gota de sangre apareció.

Y entonces... algo inesperado ocurrió:

Dolió.

No fue un dolor agudo ni insoportable. Fue un latido. Un aviso. Una vibración minúscula, olvidada, que recorrió su brazo y le estremeció el pecho.

Se quedó paralizado, observando la sangre que caía sobre el suelo de mármol. Rojo sobre blanco. Imperfección sobre perfección.

Y ahí mismo —como un eco activado por un recuerdo que no comprendía— escuchó una voz. Su propia voz. Pero antigua. Humana.

“¿Por qué no me duele nada...? ¿Qué he hecho...?”

Juan se llevó la mano al pecho. No por dolor físico, sino por una presión invisible que no sabía nombrar.

Fue hasta el baño. Se miró al espejo.

Y por primera vez, vio algo. Un temblor en la comisura del labio. Una sombra en los ojos. Un gesto involuntario. Una fisura.

No supo si lloraba o si su cuerpo simulaba el llanto como reacción mecánica. Pero en su mejilla, bajó una lágrima tibia.

Y en ese instante, en un rincón lejano, Clara abrió los ojos.

Estaba sentada en una silla de bar que ya no existía, con una copa en la mano y una expresión entre el asombro y la sonrisa.

—¿Eh...? Mira tú por dónde...

Sacó una pequeña libreta negra, tachó algo, y escribió a mano alzada una frase:

“Intervención pendiente.”